

Reseña. Claudia Hernández. *La han despedido de nuevo*. (New York City: Sangría, 2016. 107 páginas). Daniel Plaza. *Desierto*. (Valparaíso: Narrativa Punto Aparte, 2018. 96 páginas)

La literatura fronteriza es aquella que se encuentra en los límites entre lo propio y ajeno, lo nacional y foráneo, lo colonial y colonizado, lo masculino y femenino, entre otras dicotomías con las que se ordena jerárquicamente la cultura. Pero también, es aquella donde las formas desafían las demarcaciones entre distintos tipos de registros, estilos y escrituras, disputándose los marcos de la novela como género literario. *La han despedido de nuevo* (2005, 2016) de la salvadoreña Claudia Hernández y *Desierto* (2018) del chileno Daniel Plaza, son dos novelas fronterizas. Ambas ponen en cuestión las formas más convencionales de un relato de ficción, además de tratar un tema específico: qué ocurre con sujetos migrantes que intentan insertarse en las sociedades de arriba.

La han despedido de nuevo de Claudia Hernández, fue publicada por primera vez el año 2005, y luego reeditada el 2016 en formato bilingüe por la Editorial Sangría, de Nueva York. Su reedición vuelve a situar esta obra de Hernández en un lugar minoritario (una editorial pequeña y “alternativa” como Sangría), pero no por eso poco crucial de la literatura centroamericana actual. *La han despedido de nuevo* narra la historia de Lourdes, una muchacha salvadoreña que llega a trabajar a la ciudad de Nueva York. La mujer encuentra distintos empleos, haciendo aseo en casas de mujeres jasídicas, en un diner o cafetería, etc. La historia está contada en un solo flujo narrativo que yuxtapone varias voces, reflejando así la inestabilidad de Lourdes. La protagonista se encuentra acosada por otras personas que le dicen cómo debe comportarse, dónde ir, cómo vestirse y arreglarse, y sobre todo, cómo debe relacionarse con los hombres. Esas voces (de la tía y la prima especialmente) reproducen estereotipos étnicos, raciales y de nacionalistas, mostrando los prejuicios de los propios latinos en EEUU. Así, le aconsejan que a un chino “le de toda la cama que quisiera” (p. 28), que no se meta con mexicanos, y que en cambio un gringo siempre vale la pena.

El tiempo en la vida de Lourdes parece ser apremiante, siempre escaso y sometido a unos agotadores turnos laborales. El aspecto físico de la protagonista es muy relevante para sobrevivir: “Vos no estás tan mal, pero te falta coquetería (...) por eso prefirieron poner a la rusa en el horario de cinco a once” (p. 24). El trabajo en las fábricas aparece como la peor opción para Lourdes, por los horarios, ya que las personas de la oficina de migración pueden aparecer en cualquier momento. Así la joven está siempre en alerta, en riesgo de ser expulsada o maltratada.

Los cruces de frontera se replican en los trayectos que debe recorrer Lourdes, yendo de barrio en barrio, de trabajo en trabajo, y de hombre en hombre. La historia avanza y el idioma, las relaciones con los hombres de distintas partes del mundo en una sociedad multicultural, los papeles para ser legal y los turnos de trabajo van constituyendo toda la vida de la protagonista, que parece crecientemente alienada en la nueva sociedad. En un momento del relato, Lourdes se hace muy amiga de otra chica, una rumana llamada Michelle, y los demás sospechan que pueda ser lesbiana. Lourdes dice que no le gustan las mujeres, solo Michelle. El asunto con la rumana podría desestabilizar aún más la situación, ya de por sí complicada, debido a la homofobia de la tía y la prima salvadoreñas. Pero Michelle y Lourdes salen con hombres para despistar a las demás trabajadoras y evitar habladurías. Los horarios del trabajo otra vez dificultan la relación de Lourdes con Michelle, y de nuevo la cuestión del tiempo, siempre escaso y esclavizador, impide

a la protagonista desarrollarse como persona. Lo mismo ocurre con el dinero, que nunca es suficiente, y las cuentas apremiantes que deben pagar: “Apenas me alcanza para mandarle algo a mi mamá. Gano poco. Menos de cinco dólares por hora es ilegal. Se aprovechan de tu situación” (p. 52).

La novela cuenta las relaciones entre mujeres salvadoreñas que realizan limpieza y las patronas jasídicas de Brooklyn. A Lourdes le parece que es explotada por esas mujeres, pero al mismo tiempo cree que se ha salvado de tener que usar las pelucas y batas de sus patronas “ortodoxas”. En este momento de la historia aparece un hombre, “El Lobo”, que invita a Lourdes a salir. Después de pasar unos días junto al Lobo, éste la invita a irse con él a Nuevo México, y le paga entonces un pasaje a Charlotte, Carolina del Norte, donde se supone se encontrarán. Pero este hombre no llega a la estación. Después de quedar plantada, Lourdes regresa a Nueva York y conoce a un tal Sr. Orestes, quien la envía a una tortería, para que el dueño de esa tienda se haga cargo de ella y la proteja de los “animales”. Sabemos entonces que Lourdes está embarazada, y que el misterioso Sr. Orestes es el posible padre.

El relato se torna crecientemente ambiguo. Lourdes permanece encerrada por catorce meses en el sótano de la tortería en Brooklyn, hasta que finalmente sale, pero entonces comienza a ser tentada por animales. No sabemos a qué animales se refiere, pero suponemos que son hombres: “siento que puede aparecérseme uno de los animales esos que me sacan de donde estoy y llevarme ahora que está yéndome tan bien” (p. 86). Los animales-hombres siempre presentan la amenaza de querer llevársela de regreso a casa. Aparecen entonces el “gato de sombras”, el “torogoz de agua” que intercepta a Lourdes en los caminos, un “perrito de cristal”, y todos ellos se llevan a las chicas de la ciudad.

La inestabilidad laboral de Lourdes continúa, y pasa de cuidar a un anciano sefardí con demencia senil en el barrio de Chelsea, a trabajar en un deli en Church Street. Finalmente, comienza a salir con un policía irlandés llamado Robert, quien le pide a Lourdes tener un hijo. Pero ella ya está embarazada del Sr. Orestes. Aquí la ambigüedad es extrema, porque el relato señala que del propio Sr. Orestes nacerá del cuerpo de Lourdes. Finalmente, la protagonista debe hacerse un aborto tomando ajeno.

Uno de los aspectos más llamativos de esta novela de Hernández es que nos sumerge en el mundo inmigrante salvadoreño y latino en la ciudad de Nueva York. Ni los tratados sociológicos o etnográficos, ni los estudios sobre migraciones de las ciencias sociales, los reportajes periodísticos o los informes de las administraciones, nos pueden mostrar el mundo de una mujer migrante de la manera en que lo hace este relato. Las distintas disciplinas compiten por retratar la realidad de los migrantes, pero la literatura tiene la ventaja, como queda demostrado en la obra de Hernández, de poder reflejar en una breve narración la compleja trama de tensiones culturales.

En la novela *Desierto* (2018) de Daniel Plaza, también emergen voces migrantes varias. En el primer capítulo, se narra desde la perspectiva de un detective, un crimen que en realidad nos lleva a otro crimen. Y son los personajes involucrados o relacionados con este segundo crimen quienes narran *Desierto*. Una mujer que ha sido asesinada en lo que suponemos es un hotel donde acuden prostitutas con sus clientes, llamado Preludio, que se encuentra al frente de un complejo comercial llamado Dársena, donde hay también un mall y una galería. Algunos locales comerciales de esa galería están ocupados por inmigrantes. Luego el lugar es destruido por un incendio. Vargas, un policía que va a investigar el incendio, se encuentra con el crimen de una mujer (que luego podemos especular es Nina Suárez) en el Preludio. Esta primera historia marca la estructura elíptica de la novela. Es también una apertura o preludio a la obra, pero es como si

entráramos por una puerta lateral, y luego por un camino que elude el orden objetivo de los acontecimientos. El centro del argumento queda siempre en parte elusivo e inconcluso.

En el segundo relato, se nos cuenta la historia de un extranjero que, desde un locutorio o cyber café, posiblemente en la galería del Dársena, le escribe sobre su trabajo a otro hombre que está fuera del país. Este hombre afirma que se siente usado por los chilenos (aunque nunca dice estar en Chile, lo podemos inferir). Escribe que “somos extranjeros entre nuestra gente también y por eso ocurre que nos despreciamos” (p. 34). Todo el proceso de migración al nuevo país parece para este hombre una pesadilla. El migrante es sometido a vejámenes desde la aduana en adelante: los guardias emiten el “gruñido de un animal” (p. 35). Al llegar a la ciudad después de un paso traumatizante por la frontera, las cosas parecen empeorar: “cuando esa gente nos examina ve algo diferente a lo que nosotros contemplamos de nuestras personas” (p. 37). Luego, al igual que la novela de Hernández, el problema de las horas laborales surge como uno de los más acuciosos, ya que le informa a su destinatario: “trabajarás 12 horas” (p. 37). En una de los mejores episodios de *Desierto*, este personaje le describe a su amigo el mall, que parece un infierno en la tierra. Familias inmersas en espacios artificiales, felices endeudándose por comprar cualquier cosa. Aquí, la producción de desechos, que el hombre puede constatar porque trabaja en la limpieza, transforma el mall como un gran basural. Luego, cuando se refiere a los alojamientos para los inmigrantes, estos son piezas en casas de ancianos pobres, habitaciones donde pueden caber familias completas junto con decenas de artefactos del hogar, sumando a esto la promiscuidad de los cuerpos y la bulla constante. Podemos deducir que este personaje sale con Nina, a quien conoce en el locutorio, y cuya voz deducimos es la que narra la tercera historia.

En el relato “La mujer de los mensajes”, el tercero que compone *Desierto*, leemos los emails que envía una mujer inmigrante, que imaginamos es Nina. Ella le escribe a quien parece ser su pareja o marido, con quien tiene un hijo del mismo nombre, Juan. En el nuevo país, la mujer siente desolación: “No puedo más. Se han hecho difíciles estas primeras noches. Nunca pensé que me encontraría sin un techo que me cobijara” (p. 57). Luego le cuenta a Juan que ha encontrado una habitación, pero hay “humedad, los marcos de las ventanas oxidados, el color gris que se impone a cualquier cosa” (p. 60). En esta correspondencia conocemos solo la versión de la mujer, y esto da al texto un tono extraño. Por ejemplo, uno de los mensajes comienza con la frase “Por qué me tratas de esa forma?” (p. 74). Pero no sabemos qué forma es esa, porque no leemos la versión del hombre. La narradora está desesperada, habla de una casa de donde ha sido expulsada. Tal vez, suponemos después, es esa la casa donde Nina trabajaba como asesora. La mujer teme quedarse sin empleo y no poder volver porque no tiene ni siquiera dinero para un pasaje de regreso. Finalmente nos enteramos de que a pesar de todo, el hombre a quien le escribe va a viajar al país que suponemos es Chile para encontrarse con ella. Esta historia muestra la voz desesperada de una inmigrante que no puede integrarse a la sociedad y que está en un constante estado de sufrimiento. La comunicación aquí es desgarrada y desarraigada. El diálogo está cortado, y al leer los mensajes de la mujer, estos nos dan la sensación de enajenación, como si hablara sola, denotando con intensidad la falta de comunicación y el aislamiento.

La cuarta historia en *Desierto*, titulada “El narcotraficante”, nos narra el episodio de un traficante de drogas, también inmigrante. Comienza describiendo las relaciones entre obreros y prostitutas en los pueblos. A este narrador le llama la atención la miseria de los pueblos que en el país se llaman “ciudades”, y sobre todo que haya drogas por todas partes. El hombre no era traficante antes, pero aprende recorriendo el país que otra vez suponemos es Chile, que las drogas son una alternativa rentable para ganarse la vida. Como traficante entonces, va de bar en bar vendiendo “papelitos”. En comparación con los otros trabajadores, el personaje declara que ha

“conseguido un ritmo de vida óptimo” (p. 81). Este cuarto y último narrador, describe el país en términos más favorables. Una de las situaciones que más llama su atención en el nuevo territorio, es que la gente, tanto en el sur como en el norte, pasa “extensas jornadas de trabajo”. Luego de una redada debe viajar a la capital, y ahí la Plaza el lugar donde inevitablemente llega. El traficante es entonces apresado por la policía.

En el interrogatorio los policías le preguntan por Nina Suárez, y entonces comenzamos a entender que posiblemente se trata de la misma mujer, el mismo cadáver, que aparece en otras partes de la historia. Los policías quieren saber qué relación tiene con ella. A la mujer la encontraron con un “objeto que sobresalía de su cuerpo (...) un trozo de fierro que le atravesaba el ano” (p. 91). Y así termina esta última historia, con el traficante preso y Nina asesinada. En este cuarto relato el inmigrante termina preso por un asesinato que declara no haber cometido. Así finaliza la novela, junto con la imposibilidad de que los personajes logren integrarse a la sociedad chilena.

Lo que acerca estas dos novelas para los estudios literarios es su experimentación formal en conjunto con el desarrollo de temáticas referidas al viaje migrante. Como narrativas fronterizas, ambas obras se caracterizan por rupturas de convenciones narrativas. Se trata de voces que están atravesadas por el desarraigo, la búsqueda de una identidad. En *La han despedido de nuevo*, la mujer está sometida a dos particulares tipos de injusticia: Por una parte al sistema capitalista y los empleos ilegales en EEUU, y por otra, a los hombres. Capitalismo y residuos de sociedad patriarcal parecen intensificarse sobre el cuerpo inmigrante, precarizado y subalterno de Lourdes. La mujer debe sobrevivir utilizando las tretas del débil, en este caso, cierta astucia y su atractivo físico, pero nada nos indica que sea exitosa en esos intentos. En el caso de *Desierto*, ahora en el extremo sur de Latinoamérica, en medio del neoliberalismo chileno, los personajes parecen alienados y ultrajados en un sistema social desigual que se aprovecha de su condición de extranjeros. Y aquí también es el sujeto femenino el que paga el más alto precio por su condición migratoria, ya que resulta asesinada.

En estas obras, el tiempo y el espacio se fragmentan, las historias y episodios son ambiguos e inconclusos, resultando novelas que exponen la dimensión más precaria de la sociedad, una donde las personas circulan sin seguridad, carentes de derechos, acosados por el abuso laboral y sexual. Son espacios limítrofes y de explotación, donde son narrados según estructuras que presentan vacíos de significados, de explicaciones. Se escriben de acuerdo a códigos y registros organizados desde la carencia y la falta, tanto de información en la historia como de derechos en los personajes, sobre todo mujeres. La estructura de ambas novelas no puede ser acabada. En este sentido, estas dos obras, leídas en conjunto, nos presentan escrituras capaces de reflejar la violencia contra los migrantes, oculta en los intersticios de la modernización capitalista en plena globalización.

Reseñado por Sebastián Reyes
sebastian.reyes.g@usach.cl
Departamento de Lingüística y Literatura
Universidad de Santiago de Chile